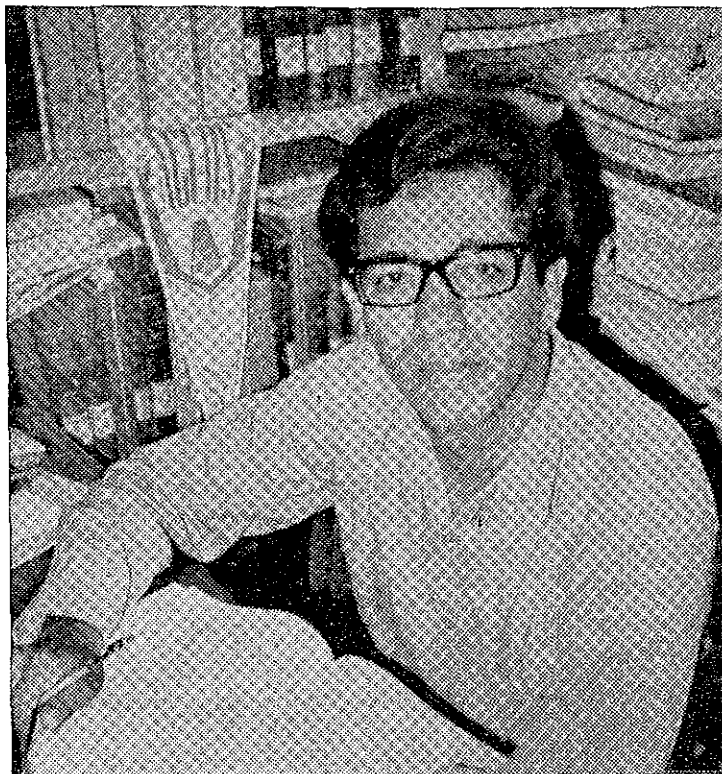


**alfonso  
quijada  
urías**



CATALUNYA

Nació en Quezaltepeque el 8 de Diciembre de 1940

Tiene inédito, en poesía, los libros: Sagradas Escrituras, 1968 "La Cueva" 1969, "La Guerra Florida" (novela) "Otros Juegos Falsos" (cuentos

## EL NOMBRE

A Luisa

Mi vida fue lo suficientemente trágica para que un día nefasto, haya tomado la decisión de sacarme los ojos y ponerlos en el plato del gato Félix. Antes de cometer este acto no creía en el destino como mero accidente, sí en el destino como obra del hombre, como plena realización de sí mismo; pero luego tratando de encontrarme, descubrí que había sido abandonado por mis padres y recogido en un hogar donde siempre me sentí un extraño.

Luché con mis presentimientos, huí por caminos totalmente desolados, hasta dar con un hombre al cual di muerte de inmediato; a la postre resultó ser un desgraciado como yo, un perseguido perseguidor. Su muerte me lanzó a la ruina total, a una vida desajustada en la cual el suicidio sería una manera de implicar cierta tranquilidad que no deseo.

Tres días después cansado de caminar llegué a una ciudad que reflejaba mi angustiada manera de vivir; en sueños había pasado por sus calles, deteniéndome en alguna de sus tantas fondas a saborear un vaso de vino. Aquí llegué rodando como una piedra. En septiembre conocí a Yocas, bueno para qué decir su nombre, perdidamente enamorado nos veíamos como en un poco de agua, nos tendíamos en la hierba en donde coincidíamos hasta en los actos más simples.

Nos unimos, perdidamente enamorados, burlando las voces de nuestro mundo que difícilmente puede ser llamado conciencia o algo por el estilo. Fueron días efímeros, llenos de una pasión desbordante. Fue un amor desdichado, porque un mal día la encontré con una soga al cuello, su boca en actitud de pronunciar mi nombre, que es como un cuarto lleno de agua de donde trato desesperadamente de salir a flote, salvarme, aunque sé la imposibilidad, porque eternamente me llamarán EDIPO.

## OTRA MANERA DE VIVIR

Hoy estuve recordando acerca de cuando íbamos con Franz al "SHALOS", tan sólo por el prurito de ver los ojos terriblemente oscuros de Ingrid. Eramos vagos por vocación, nos escabullíamos entre un mar de gentes como dos pequeños insectos en una telaraña, no existía café ni sitio alguno donde no nos metiéramos para luego retornar como bumerang al mismo sitio donde Ingrid nos servía café con pan y sonreía obstinada en no hacernos caso.

Los ojos de Ingrid continúan siendo terriblemente oscuros como aquéllos días en que tocábamos con Franz en la orquesta de Nico y nos olvidábamos de todo, hasta de nuestra tristeza, entre charla y charla consumíamos el día luego de dedicar un poco de tiempo para repasar el oboe, Franz, el pequeño piano abandonado en un rincón como una cebra melancólica.

Repetidamente le oí masticar unos versos como quien daba una buena dentada en una manzana, saboreaba aquéllos versos adoptando una actitud platónica

Al retirarnos lo hacíamos casi siempre disgustados, disputándonos una mirada de Ingrid

En el pequeño cuarto que alquilábamos cerca de una librería, un cuarto pequeño y húmedo, Franz tomaba un libro, creo que el de LAS CARTAS DE PASCAL y hablábamos de todo, en especial de METEMPSICOSIS, una palabra que siempre me fue difícil de tragar. Yo también, daba golpes en el piso. “—No Franz, eres un necio tradicional, rayas en la estupidez. Un ser se muere, se transforma en algo, en abono por ejemplo, que servirá para que vivan otros seres, pero nunca en guardabarrancos, compléndelo bien, mete los sentidos en otras cosas no en...”

Luego yo, tocaba el oboe, en cada melodía resugía Ingrid; Franz sospechaba y me interrumpía con cualquier cosa, con el propósito de robarme a Ingrid del pensamiento

Por las mañanas nos sentábamos en las gradas de La Merced, yo como siempre tarareando a Stan Kenton y Franz pensativo, creyendo en (la maldita metempsicosis) sus cosas de siempre, mientras hacía trepar con un palito de fósforo las hormigas que difícilmente cargaban con migas. Luego salíamos de nuevo a meter la nariz en los cafés

Hace dos noches tomamos la decisión de trabajar cada quien para su lado, era la única manera de llegar a Ingrid

De antemano sabía que aventajaba a Franz en innumerables aspectos, estaba consciente de que Ingrid sería para mí, ya que mi nombre estaba en esos días a flor de labio, en todo sitio se hablaba del prodigioso oboísta que era yo

En la primer noche llegamos separadamente. Desde una mesa arrinconada Franz me veía con no sé qué de envidia o resentimiento. Ingrid llegó hacia mí, compartió los Rex y algunas canciones que marcamos juntos, accedió en la misma noche a ir conmigo al cine, nos mirábamos con un amor intenso. A no ser por la constante persecución de Franz todo hubiera caminado mejor, pero sus ojos no se despegaban de nosotros, anduvo tras nuestros pasos como un loco, casi hasta la madrugada

Antes de salir como de costumbre, en el momento en que me anudaba la corbata llegó Franz peididamente borracho, desenfundó su revólver, disparo contra mí no sé cuantas veces. Luego se manchó todo, se llenó de una enfermiza oscuridad y caí en un pozo de enojos vacíos

Hoy he venido volando a casa de Ingrid, con sus manos de una blancura inigualable me airoja alpiste, mientras bajo timidamente de la rama del mirto, en donde paso la mayor parte del día cantando con una melancolía sin par

## FILM

A las ocho José María se ajustó la corbata y caminó distraído, casi dejándose llevar por la leve crispación de ese día por terminar, de repente se encontró frente a la taquilla del cine comprando el boleto y rozándose con señoras goidas y pequeñas en la cola de butaca

En el instante que estrujó la cajetilla de viceroy, dio comienzo la película a colores. La nota inicial de: cualquier semejanza con personas y hechos de la vida real es pura coincidencia, pasó en letitas rojas casi inadvertida por rutinaria en todo film

Brigit apareció contemplándose semi desnuda en un espejo y metiendo las manos en una gaveta de bufandas revueltas, varios relojes, un muestrario de pañuelos, sacó el jacket y lo ajustó a su cuerpo y hundió una bufanda negra junto al pecho; tenía los ojos lánguidos, con aire nostálgico cogió un paraguas de colores chillantes y lo dejó caer en unos soportes de lámparas tiradas en desorden.

José María creyó estar soñando y se dio un palmotazo en la mejilla, aquello no podía ser una simple coincidencia, Brigit era más que idéntica a su mujer y aquella casa bordeada de setos enredados de hiedras, la sala misma con su colección de caballitos de plata y el mozaico Bizantino de la pared era precisamente su casa. Hubiera gritado, pero el temor a ser reprendido por la policía lo obligó a mantenerse pegado al asiento, contemplando enmudecido la pantalla a colores

El médico rural (coprotagonista) abre la puerta y lanza el globo de celuloide en la cabellera amarilla de Brigit, que distraída, juega con un volumen de baquelita sin advertir su presencia, hasta el momento en que el globo roza los mechones dorados, levantándose de inmediato y deslizándose hacia la alfombra. Tomados de la mano y besándose desordenan la casa, hacen cabriolas como dos niños juguetones y se tienden rendidos en un sofá de adornos antiguos.

José María registró sigilosamente en su memoria el rostro de aquel hombre sin lograr sacarlo a la luz de los hechos, de nuevo encendió otro viceroy y se ajustó al asiento con aire de intranquilidad

Tirados en la hierba susurran suavemente. Luego una ventisca que azota la hierba y los árboles los hace refugiarse en un muro de donde penden blasones ovales y adornados con relieve de musas con caras de mariposas, allí mismo donde un hombre (que aparece únicamente en la escena final) metido en una chamarra de cuero, con el aspecto de un viajero curtido por la fatiga ha contemplado con una seriedad de cariátides el amoroso juego.

Después de las detonaciones, el humo de la pólvora sube chocando en la cenicienta soledad del día próximo, a la misma hora en que José María es sacado del cine atropelladamente, acusado de homicidio en su mujer y un médico rural, precisamente cuando finaliza el film y los ojos de Brigit quedan mortalmente cerrados

## PERSEGUIDORES

*(La persecución es un sueño que comienza con la captura)*

M A

Mi General, el descanso ha terminado, —dijo el comandante

—Muy bien, dé la orden de proseguir la marcha

El general Cabañas era hombre de sesenta años, alto y moreno; el tipo de hombre dado a fabricar fantasmas. Soñador que jamás duerme, porque el insomnio le deja los ojos como luevos duos, insomnio que no se puede combatir porque se vuelve necesario, a medida que los fantasmas van tomando posesión de su pensamiento, de su imaginaria cuarteles caluosos, con la hedentina y el silencio solemne de los salones desprovistos de buen gusto; después nombres y más nombres, garcías más garcías, bandoleros más bandoleros abiéndose paso como un tren

—Está claro, dijo García, nuestra gente sabrá en un momento dado defender su derecho, su oportunidad a cambiar su vida, hoy más que nunca su lucha es más que necesaria. La voz de García chocaba en los rostros dilatados, hacía temblar la luz mortecina puesta en un bote de laxol. Su figurón se levantaba sobre aquella legión abrupta y desamparada. Después surgía el grito de:

—Mueria Cabañas

—Viva García

Después trató de descubrir en la oscuridad las huellas del General Cabañas

—Al otro lado queda Rialta —dijo el general— después de las montañas

—Una hora más y llegaremos —dijo el comandante

Llevaban cinco días de marcha. La tropa se mostraba cansada, los caballos entrote uniforme levantaban una polvareda que chocaba en los arbus-tos. Jadeaban profundamente.

En Tacuba el general dispuso tomar un baño, luego un coñac, seguido de una comida ligera. Al subir las gradas de la pensión sacó un tabaco y abrió la puerta.

El bullicio de la tropa que se alegraba con las canciones de moda, puso intranquilo al general.

—Hágalos callar—, ordenó al comandante

Dos horas más tarde emprendieron la marcha.

Fue en ese momento que García se levantó apresurado y emprendió la marcha con sus hombres.

Dos horas después chocaron, provocando nubes de pólvora, que se fueron desplazando poco a poco, hasta hacer nítidas las tropas amontonadas, hechas una sola masa de sangre

Tres días después García pasó por Rialta en el mismo caballo del General Cabañas, perdiéndose como un fantasma en el último cruce de la calle larga

El General Cabañas llegó a sus setecientas noches de insomnio, vio desde su cuarto de militar retirado un enorme tlen que llenaba de humo la ciudad, que marchitaba la vegetación y hacía difícil el contacto con la naturaleza; vio crecer a sus sobrinas al nivel en que su insomnio iba tomando proporciones, cada vez más monstruosas como la enorme enredadera que veía salir del entejado y llegar a su ventana con afán de tragárselo. Todo esto agregado a la persecución de que era víctima por García, quien tomaba la forma de un dragón que lanzaba su ráfaga de fuego y hacía arder el pueblo entero. Fue de esa manera como el general cayó en desgracia, en aquel caseón de cien cuartos donde los fantasmas salían a revolcarse montaban los caballos de ojos enrojecidos y trepaban las ramas de los árboles

Siempre ocurría lo mismo a los ojos del general y todo hubiera continuado en su ritmo anormal a no ser por el día en que fue encontrado García, como una momia egipcia en el cuarto vecino

## EL RETORNO

Salió aquel día sofocante de septiembre, tocándose las bolsas del pantalón de corduroy, sacó su cédula, sus papeles en orden y los volvió a meter en la cartera. Recordó la época del Luis Ángel Firpo, su nombre en los cartelones de los domingos. Por un momento la presencia de sus compañeros de equipo le bulleron en la memoria, los viajes al exterior y la vez en que el River Plate trató de llevárselo. Por idiota amor al terruño se había quedado, acostumbrado a los bondades de la niña Sofy; a las cucharadas antes de cada comida del nuevo fosfato escay y al encierro voluntario en el cuarto, lleno de fotografías deportivas, equipos extranjeros, diplomas y trofeos. Gozaba de aquel cuarto, tanto de las fotos como de la pilita de discos encima de la RCA.

Continuó caminando hasta llegar al Nuevo Mundo, se detuvo en la puerta a espiar con malicia, siguió hasta la General Electric, cruzando la calle del Bella Nápoles hasta detenerse en el paro de la once. Esperó haciendo cola, sin aboiar ninguno de los buses que pasaron atestados.

Contempló largamente la programación de fútbol pegada en la pared. Con la nostalgia metida en todo el cuerpo se recordó de niño, en los juegos con la pelota de tripo hecha de medias y calcetines viejos, despuntando en

la grama del Maite, como figura futbolera, que jugaría después en el mejor equipo del país

Aquel día pese a las dificultades, volvió a sentirse el ídolo admirado por miles de fanáticos. Levantó la mano con gesto victorioso, saludaba a medio mundo que pasaba a pie o en carro, pero nadie lo advertía.

Frustrado ante los rostros que en nada respondían a sus gestos amables se echó a reír, mientras continuaba trazando rayas en el aire. Con alguien que venía con una caja enorme de cartón al hombro trató de cruzar unas cuantas palabras y por más de guiñarle la manga el hombre continuó tranquilamente su paso. Fue entonces que se decidió regresar al cuarto y caminó por el lado más solitario. En una esquina estaban los mismos chicos, que solían seguirlo cuadias y cuadradas, regularmente hasta dejarlo en la esquina del Centenario; al pasar casi rozándolos, ningún chico dejó de continuar en sus quehaceres. Luego se vio las rodillas rotas del pantalón "Búfalo", las trompas destantaladas de los "Cosmos". Pensó que aquel día no era del todo mal, las gentes, el bullicio de los carros, incluyendo la indiferencia de los chicos, le habían dado cierta tranquilidad.

Por primera vez, se sintió normal, común y corriente, como en los días anteriores al fútbol profesional, a la propaganda, a las declaraciones escandalosas.

Al abrir la puerta sintió el olor familiar de los chunches en desorden, las camisetas a rayas encima del radio, las botellas amononadas bajo la mesita de noche y en cima de la despensa el amarillento diario La Nación, que destacaba una vieja fotografía de los años veinte y el pie de grabado sobre su muerte en un accidente ferroviario.

